

alcanzó la gracia de vencer infinitas dificultades y obstáculos en los treinta y cuatro años que fué general, de propagar la Compañía, de dotarla de muchos y buenos estatutos, de darle por decirlo así la última mano y de hacerse digno del respeto y amor universal.

XXIII. La singular confianza de santa Teresa de Jesús merece ser imitada de todos los que mandan á los otros de parte de Dios. En su vida se lee que en cuanto llegó al convento de la Encarnacion de Avila para tomar posesion del oficio de priora, lo primero que hizo fué colocar en la silla prioral del coro una imágen de bulto de nuestra señora, entregarle las llaves del convento y manifestar á las religiosas que ella no era nada y que la verdadera priora y la que habia de gobernarlas era la Virgen santísima, á quien está particularmente dedicada esta religion. No se pasaron muchos dias sin que le mostrase nuestra señora cuán agradable le habia sido aquel acto, segun lo dejó por escrito la misma santa madre; porque la vispera de S. Sebastian cuando se entonaba la salve en el coro, vió Teresa bajar á María santísima con crecida muchedumbre de ángeles y ocupar la silla prioral donde se habia colocado su imágen, y acabada la antífona dijo á la santa: Bien has hecho en ponerme aquí: yo estaré presente á las alabanzas que se canten á mi hijo y cuidaré de presentárselas.

XXIV. Por no alargarme mas á indagar otras muchas particularidades diré solamente en general que la práctica de los mejores siervos de la Virgen ha sido siempre y lo es aun ahora mas que nunca no emprender cosa alguna sin aconsejarse antes de ella y sin haberle pedido su santa bendicion; práctica muy digna de ser imitada por todos los que hacen alarde de servirla, ya en razon de las muchas ventajas que sacarán á cada instante, ya por la honra y gloria que redundará á aquella á quien no pueden reverenciar bastantemente.

§. II.—La segunda señal de confianza: recurrir á ella en todas las dificultades.

I. El seráfico doctor S. Buenaventura de quien acabo de hablar, deseando satisfacer la devocion de un amigo suyo que le habia pedido alguna regla para vivir bien, le envió un cuadernito llamado los veinte y cinco memoriales, que son otros tantos preceptos dignos de conservarse en la memoria. El décimotercero dice así: «Tributa en todo tiempo un honor cordial á la gloriosa madre de Dios y recurre á ella como á un refugio seguro en todas tus necesidades y peligros; eligela por abogada y con gran confianza encomiéndale todo lo que mire á tí.» Esta máxima nos pone en la mano la llave de oro de la confianza para abrir el retrete de las delicias de nuestra amorosa madre y sacar de allí la medicina de todas nuestras miserias, porque todo lo alcanza esa confianza. S. German de Constantinopla tenia presente esta consideracion cuando decia á la virgen Maria: «Santa señora, ¿qué eres tú sino la medianera de nuestra salvacion, nuestro auxilio cierto, nuestra infalible asistencia y nuestra abogada, que llevas en tus labios la palabra de nuestra reconciliacion y haces parezcan buenas nuestras disculpas para alcanzar el perdon de nuestros pecados, el asilo de que se gloria nuestra confianza, el muro inexpugnable de los cristianos, la armería de los buenos reyes, la principal batería de los principes fieles, el ángel de las batallas que les ciñes la corona de laurel y les pones la palma en las manos? Por este motivo te suplicamos humildemente no deseches á los que se acogen á tí; da la mano á los que están en peligro; tranquiliza á los que son asaltados de la borrasca; y aniquila las insolentes amenazas de los que nos insultan en desprecio de tu querido hijo y de tí.» Esa misma confianza es el gran escudo del alma, que está á prueba de todas las tentaciones del ene-

migo.» Ve aquí cómo hablaba S. Efren á la misma señora: «Dígnate, santa señora, de recibirme bajo la sombra de tus alas, no sea que me arrebatte el buitre del infierno, porque soy como un ruin polluelo que ha caído en el lodo y no tiene ningun medio de salir de allí. No me queda ninguna esperanza fuera de tí, porque tu eres mi puerto y mi refugio seguro: toda mi salvacion depende de tu asistencia y proteccion, que imploro con lágrimas y con toda la humildad de mi corazon (1)»

*Santa Maria egipciaca.*

II. Santa María egipciaca experimentó bien cuánto vale esta confianza, y en sus palabras descubrimos los sentimientos de un corazon derramado como el agua en presencia de Dios: no pueden leerse sin que se salten las lágrimas. María era aun una mujer escandalosa cuando resolvió ir en compañía de otras á adorar la santa cruz en Jerusalem; mas al querer entrar en la iglesia fué repelida hasta tres veces por una fuerza invisible. No sabiendo á quién encomendarse en aquella confusion y vergüenza, alzó los ojos y vió sobre la puerta de la iglesia una imágen de nuestra señora, que de repente le ablandó el corazon. Madre de misericordia, le dijo María, aunque los pecadores desagradan á tu hijo, no puede darles repulsa cuando son penitentes. No permitas que se me cierren las puertas de la salvacion negándome la entrada en este santo templo, y si te dignas de ser mi fiadora, te juro por lo mas sagrado que hay en el cielo de abandonar desde ahora para siempre mis liviandades y desórdenes pasados y despedirme del mundo. Dichas estas palabras, entró sin dificultad en el templo, y Dios

(1) Orat. de S. Virgine.

sabe cuáles fueron los sentimientos de su agitado corazon y cuántas lágrimas vertió ante el signo adorable de nuestra redencion. Despues de haber desahogado algun tanto su pecho hizo un exámen general de su vida pasada, y libre ya de tan enorme peso se fué á una iglesia que estaba junto al Jordan, para recibir la sagrada eucaristia. Allí se abrió de nuevo la herida de su corazon, y es increíble lo que dijo á la madre de Dios. Madre de bondad y de misericordia (le decia), ahora estás empeñada en mi auxilio, pues que te has dignado de salir fiadora por mí. Verdaderamente siento en mí alguna buena voluntad de no faltar á la palabra dada; pero ¿qué puedo esperar de un corazon tan estragado como el mio sin tu continua asistencia? Por lo demas haz de mí lo que quieras, y envíame á donde te parezca: no quiero despues de Dios otra guarda que tú, porque de tí debo de esperar que habiendo dado hoy principio á mi dicha la completes y perfecciones. Asi extasiada de amor y confianza y respirando una vida celestial pasó el Jordan y sin saber á dónde iba se metió en lo mas espeso del desierto, donde hizo asperisima penitencia por espacio de cuarenta y siete años. Parecen increíbles las tentaciones que sufrió en tan largo periodo de tiempo; pero siempre tenia presente á su fiadora, cuya asistencia imploraba de continuo con palabras tan fervorosas y con tanta confianza, que hubieran podido partir las peñas. Asi es que recibió tanta fortaleza y resolucion, que triunfó gloriosamente de todos sus enemigos y acabó su vida á pesar del infierno con un fin que desearian las almas mas inocentes. Todo esto lo descubrió al abad Zósimo, que por inspiracion divina le llevó el sagrado viático, y luego lo refirió el patriarca Sofronio en su Prado espiritual y se leyó en el segundo concilio niceno.

III. Esta misma confianza es el áncora del alma, cuando se ve asaltada de temores en la última ho-

ra de la muerte. Nunca olvidaré un hecho notable del emperador Andrónico el anciano, que solo podia provenir de un corazon amante de la virgen María. Viéndose de repente en peligro de muerte por haber bebido agua fria con exceso (lo cual solia hacer en ciertas ocasiones por no sangrarse) y no teniendo quien pudiera ir á traerle el sagrado viático, se levantó como pudo, se hincó de rodillas y bañado en lágrimas cogió un medallon de oro con la imágen de la Virgen, que siempre llevaba pendiente al cuello: encomendóse á ella de todo corazon y se le metió en la boca para que le sirviese de viático, ya que no tenia esperanza de recibir á nuestro Señor. Asi lo refiere Gregoras, que habia conversado largo rato con el emperador aquella misma noche, sin que hubiese traza alguna de muerte ni de enfermedad.

IV. María es el puerto seguro á donde deben acudir todos los afligidos y atribulados, y siempre serán benignamente recibidos. Quiero copiar aquí para ejemplo y edificacion de muchos un trozo de la devota arenga que le hizo el monje Teostericto cerca de ochocientos años há, y que se lee en el libro de las oraciones de los griegos: «Reina del cielo y de la tierra, gloriosa madre del Verbo encarnado, si alguna vez se ha presentado á implorar tu clemencia un infeliz oprimido de males y miserias, es el que hoy viene á echarse á tus pies. Mis pasiones mal reprimidas y mis afectos desordenados son á manera de vientos impetuosos, que trastornan la nave de mi alma y amenazan echarla á pique: ¿de qué me servirá que hayas llevado en tu sagrado seno al verdadero piloto y al puerto donde nos debemos refugiarnos para salvarnos, si tú no acudes pronto en mi auxilio y calmas la borrasca? Los espíritus de tinieblas me hacen una guerra cruel y me asaltan con recias tentaciones: ¿para qué eres la madre del que quiso ser nuestra paz, sino para ahuyentarlos y librarme de los

continuos peligros en que me encuentro? Conozco que soy pobre y estoy privado de todo bien; ¿y de qué me servirá que tengas á tu disposicion todos los tesoros del cielo, si no te compadeces de mi indigencia? Las enfermedades del cuerpo y mucho mas las del alma me molestan y atormentan de mil modos; ¿y no eres tú la madre de nuestro médico soberano y posees un caudal de medicinas? ¿A qué fin habias de haber sido hecha un abismo de misericordia y por qué habia de haber encarnado en tus entrañas el Dios de la misericordia sino para el alivio de nuestras miserias? ¿De quién podemos esperar el verdadero gozo del corazon y el consuelo interior sino de tí que llevaste el gozo del mundo? Confieso que nunca hubo cautivo mas fuertemente oprimido con grillos y cadenas que lo estoy yo con mis culpas y pecados; pero sé que el que bajó del cielo para libertarnos, puso en tus manos el precio de nuestro rescate y te dió plenos poderes para redimirnos. ¿Tendrás valor para verme podrir en un calabozo en medio de las tinieblas de mi ceguedad tú que encendiste la luz que ilumina á todos los que vienen á este mundo? Echa una mirada á este pobre siervo tuyo, que tiembla con sola la memoria de su partida, queda yerto de terror por la incertidumbre de lo que le sucederá despues de la muerte, y se muere ya de temor del juicio de Dios. Acuérdate que nuestro juez es tu hijo y que con una sola palabra puedes hacernosle propicio. Si pides lágrimas, me avengo á derramar un mar de ellas; pero prefiero pedirte una de las que vertió mi amable Salvador, porque puede anegar y borrar los pecados de todo el mundo. En una palabra tú eres, Virgen santa, mi madre, y yo soy tu hijo: tú eres mi señora y yo tu siervo, aunque indigno de estos dos títulos. Tú tienes medio de favorecerme, y confío que quieres: te lo pido en virtud de esta confianza y mucho mas en consideracion de tu natural bondad.» Asi

se elevaba el corazón de aquel devoto siervo de la Virgen: así nos enseñaba á recurrir á ella con absoluta confianza en todas nuestras necesidades.

V. En nuestros días ha habido otro que ha realizado en gran manera esta práctica y ha hecho que tomen gusto á ella infinitas personas: hablo del devotísimo Francisco de Sales, modelo de santos prelados. Mucho más debemos á los que han procurado transmitirnos los sentimientos de aquella hermosa alma, que á los que han conservado su cuerpo. Ordinariamente dirigía á la Virgen una breve oración, que retrata al natural la bondad de su corazón é infundirá motivo de confianza en María santísima, á lo menos á aquellos que veneran la memoria de ese insigne varón.

VI. «Yo te saludo, dulcísima virgen María, madre de Dios: tú eres mi madre y mi señora: así te suplico me recibas por tu hijo y siervo, porque no quiero tener otra madre, ni otra señora que á tí. Te ruego pues, oh madre mía bondadosa, benigna y dulce, que te sirvas consolarme en todas mis angustias y tribulaciones espirituales y corporales. Acuérdate, Virgen dulcísima, de que eres mi madre y yo tu hijo, que tú eres poderosísima y yo un hombre débil y ruin. Así te suplico, dulcísima madre mía, que me gobiernes y defiendas en todos mis caminos y obras, porque soy un pobre indigente y mendigo, que tengo gran necesidad de tu santa protección. Ea pues, santísima Virgen y dulce madre mía, preserva y libra mi cuerpo y mi alma de todos los males y peligros y hazme participante de tus bienes y virtudes y principalmente de tu santa humildad, de tu excelente pureza y de tu ferviente caridad. No me digas que no puedes, oh Virgen bondadosa, porque tu amado hijo te ha dado toda potestad así en el cielo como en la tierra. No me digas que no debes, porque eres la comun madre de todos los pobres mortales y singularmente la

mía. Si no pudieras, te excusaría diciendo: Es verdad que es mi madre y me quiere como á su hijo; pero la pobre carece de facultad y poder. Si no fueras mi madre, tendría paciencia y diría: Ella es muy rica para socorrerme; pero como que no es mi madre, no me ama. Supuesto pues que eres mi madre, oh dulcísima Virgen, y puedes, ¿cómo te disculparé si no me socorres y me das tu ayuda y asistencia? Mira, madre mía, que estás obligada á otorgarme todas mis peticiones. Ensalzada pues seas sobre los cielos y la tierra, gloriosa virgen y madre mía María, y para honra y gloria de tu hijo recibeme por tuyo sin atender á mis pecados y miserias: librame de todo mal en el alma y en el cuerpo y dame todas tus virtudes, en especial tu humildad. Concédeme todos los dones, bienes y gracias que agradan á la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amen.»

VII. También es digna de honrosa mención la carta que las caritativas huéspedas de Jesús Marta y María le escribieron cuando la enfermedad de su hermano Lázaro. No contenía aquella carta más que estas pocas palabras: «Aquel á quien amas, está enfermo.» Pero san Agustín confiesa (1) que en esas pocas palabras había singulares bellezas retóricas y cierta elocuencia del corazón mucho más persuasiva que la que enseña el arte. «Advertid, dice el santo, que ellas no muestran solicitud, ni convidan al Salvador á que vaya á visitar y curar á su hermano, ni siquiera le piden que ahuyente desde lejos la enfermedad. Saben bien que después de decir: Aquel á quien amas, está enfermo; ya no queda que decir. Este rasgo de confianza es muy común en los hijos de María, porque están seguros de enternecerla.

(1) Tract. 49 in Joan.

al punto por este medio y ablandar sus entrañas maternales. Bátales presentarse á ella y mostrarle la necesidad que tienen de su auxilio: lo demás lo dejan al amor, que abogará eficazísimamente por ellos y empleará toda la influencia que tiene con su buena madre. Persuadirá todo lo que quiera sin hablar, como leemos de Moisés (1), á quien preguntaba Dios por qué clamaba á él, siendo así que el santo caudillo no hablaba una palabra; pero el hacer ver al amante que el amado padece es clamar muy alto á los oídos de su corazón.

VIII. ¿Qué diremos de aquel otro, de quien habla Alfonso Salmeron (2), que habia penetrado tan profundamente los abrasados impulsos del corazón amoroso de nuestro Dios, que hubiera creído hacer agravio á la divina bondad si le hubiese pedido algo, en particular fuera de lo que mandó expresamente se le pidiese? Así se contentaba con ofrecerle las veinte y cuatro letras del alfabeto y suplicarle le concediese ó negase todo lo que puede salir de la combinación de estas letras, según juzgara convenir para bien de su alma y gloria de su divina majestad. Confesemos que este es un rasgo de confianza y una invención de un buen corazón, que entendía bien lo que es habérselas con la bondad infinita. Así proceden algunos con la madre de amor, dejando al cuidado de ella todo lo que les interesa en el tiempo y en la eternidad. No quieren sino lo que ella quiera, cuando quiera, por quien quiera y de la manera que quiera: son gustosos de que ella disponga del poco bien que hacen, como quiera y en favor de quien quiera: que conceda, niegue y dirija el rumbo de su ventura según juzgue más conveniente, estando seguros de que basta se digne de pensar en ellos. Estas almas merecen

(1) Exod., XIV. *...mol ni 91. 498* (2) Tract. 42 de passione.

vivir y morir en el seno de la reina de los corazones, si es que se puede morir en el seno de la vida, y nada tienen que temer mientras se mantengan dentro de la fortaleza de esa confianza. Pero es tan elevado este punto, que necesita considerarse más despacio.

§. III.—Tercer rasgo de confianza: descansar enteramente en ella en todas las cosas sin congoja ni anhelo.

I. Escribe S. Marcos en el capítulo VI de su Evangelio que estando fatigados los discípulos de remar en el lago Tiberiades, bajó el Salvador de la montaña inmediata, á donde se habia retirado á orar, y comenzó á andar sobre las aguas para ir á socorrerlos; pero que faltó poco para que habiéndose acercado á ellos no pasase adelante y los dejase perecer. El Evangelio da la razón, y es porque le tenían por una fantasma, cuando no debían de desconocerle por haberlos asistido tantas veces en sus necesidades. No sé si á mí me engaña mi pensamiento; pero diré que tengo por cierto que una de las razones principales por que Dios, la Virgen y los santos suelen pasar de largo por delante de nosotros cuando estamos en necesidad, y no hacen gran caso de nuestras oraciones, es porque nos los figuramos como fantasmas y como infinitamente distantes de nosotros, no hacemos la debida estimación de su afecto, y así llegamos á ellos ó por el bien parecer, ó con cierta idea de grandeza que nos oprime el corazón y casi nos hace creer que no es para nosotros todo cuanto se dice de su desmedida bondad, sino solamente para los santos y para algunas almas privilegiadas y supereminentes.

II. El discurso que S. Bernardo hace de la confianza en su sermón tercero sobre el milagro de los panes y los peces, me agrada tanto, que no puedo menos de darle cabida aquí para confirmar esta última práctica. «Tres

cosas, dice el santo, alientan mi corazón, de suerte que ni la escasez de merecimientos, ni el conocimiento de mi bajeza, ni la estimación de la dicha que espero, son capaces de quitarme el grado de esperanza que he concebido. Estas tres cosas son la caridad con que he sido prevenido para participar de la gracia de adoración, la verdad y la firmeza de las promesas divinas, y el poder que tiene el que las hizo para cumplirlas á su tiempo. Estos son á mi juicio los tres peñascos en que está fundada la confianza imperturbable de los hijos de María. El primero es la incomparable caridad que la movió á recibirlos en el número de sus hijos mas queridos sin ser atraída por los méritos de ellos ú obligada por ningunos servicios. El segundo es la promesa irrevocable que empeñó de no abandonarlos jamás, sino de llevar al cabo su empresa. El tercero es el poder que tiene para dar cima á sus planes; poder que no puede ser impedido, ni retardado por ninguna fuerza extraña. Si ahora mi necio pensamiento me pone delante mi nada y me pregunta en qué méritos fundo mi confianza, le responderé resueltamente que la fundo no en mis buenas obras, ni en mis servicios pasados, sino en la bondad, fidelidad y poder de aquella que no tiene igual á sí despues de Dios. Le diré que no estriban mis esperanzas en la arena movediza de los intereses humanos, y que mi fuerza no procede de un brazo de carne, sino que he edificado sobre el terreno firme de una confianza indefectible, sobre una bondad inalterable, sobre una verdad infalible y sobre una fuerza inexpugnable. »

III. Por lo demas no se me hable de desconfianza, ni de congoja, porque no quiero oirlas nombrar por no ofender el caritativo corazón de aquella que se digna de cuidar de mí y de mis cosas. Debe de bastarme saber que es la mejor madre del mundo y que yo soy su hijo por especial elección suya, sin querer entremeterme á

governarme, ni acongojarme por lo que toca á mí. Desde ahora desapruero toda especie de cuidados angustiosos, y no quiero que mi corazón se entretenga voluntariamente en ellos; porque el dudar de su poder es un delito, y el desconfiar de su bondad ó fidelidad es hacerse indigno para siempre de todas sus gracias. Crea quien quiera lo contrario: yo de mi parte tengo por indudable que esta es la resolución de una alma digna de la protección especial de la madre de Dios, y no sé que esta tenga nada en mayor aprecio que el sentimiento de una alma que vive confiada y sin temor alguno como el niño en el regazo de su madre. Si entre nosotros no puede apreciarse tal confianza tanto como merece, y si aquel en quien otro confiase de esta suerte, debería de tenerse por infinitamente obligado así por la estimación que se hacia de él, como por el deleite de que naturalmente gozamos en poseer un corazón con dominio absoluto; ¿nos persuadiremos á que la madre de bondad agradezca menos los testimonios de una voluntad resuelta á depender enteramente de ella despues de Dios? Santa madre de bondad, quizá sea disimulable que los que no saben quién eres, obren con alguna cautela y discreción; pero á los que te conocen, nunca les disimularé que hayan usado de reserva contigo, hasta que les salga fallida la creencia en que estan acerca de tu bondad y fidelidad. Y si esto es imposible, desechen todo temor de perderse contigo, y no duden que cuanto menos se fien de sí y de su prudencia, mas seguramente caminarán en santa paz y aprovecharán en la vida espiritual.